

dos señoras a la vez, y habíalas cogido ya a ambas por la cintura, a la una con el brazo derecho y a la otra con el izquierdo, cuando el señor de Saffré, con su severa voz del rey del cotillón, dijo:

—No se baila con dos señoras:

Pero mister Simpson no quería dejar así como así ambas cinturas. Adelina y Susana se tumbaban riéndose a más no poder en sus brazos. Comentábase el hecho, las señoras se disgustaban, el desorden se prolongaba, y los trajes negros, en los huecos de las ventanas se preguntaban unos a otros cómo saldría Saffré con gloria de caso tan delicado. Pareció, efectivamente, por un instante perplejo, como ideando un refinamiento de gracia para poner de su parte a los que reían. Por último, con la sonrisa en los labios, cogió a las señoras de Espanet y de Haffner, cada una por una mano, les hizo una pregunta al oído, y, recibida la respuesta, se dirigió en seguida al señor Simpson:

—¿Escoge usted la verbena o la hierba doncella?

El señor Simpson, algo aturullado, contestó que se decidía por la verbena. Entonces el señor Saffré le dió la marquesa, diciendo:

—Aquí tiene usted la verbena.

Se aplaudió discretamente y se encontró aquello muy bonito. El señor de Saffré era un director de cotillón "que jamás se quedaba corto"; tal fué la expresión de aquellas señoras. Durante este tiempo la orquesta había reanudado, en todos los tonos, el motivo de vals, y el señor Simpson, después de haber dado la vuelta al salón valsando con la señora de Espanet, la acompañó a su sitio.

Renata pudo pasar al fin. Habíase mordido los labios hasta hacerse sangre, en presencia de todas "aquellas necedades". Consideraba el colmo de la estupidez el que aquellos caballeros y seño-

ras se arrojasen bandas y que tomasen nombres de flores. Zumbábanle los oídos, y una furiosa impaciencia la impelia a lanzarse bruscamente de cabeza para abrirse paso. Atravesó el salón rápidamente, tropezando con las rezagadas parejas que volvían a sus asientos. Fuese en derecha a la estufa. No había visto ni a Luisa ni a Máximo entre los bailarines, y tenía por seguro que deberían de encontrarse allí, en algún hueco de follaje, reunidos por aquel instinto de picardías y de tunantadas, que les inducía a buscar los rinconcitos, en cuanto se encontraban solos en alguna parte. Pero visitó inútilmente la semi-obscuridad de la estufa. Tan sólo divisó en el fondo de una bóveda, a un buen mozo que besaba religiosamente las manos de la pequeñuela señora Daste, murmurando:

—Ya me lo tenía dicho la señora de Lauwerens; usted es un ángel.

Aquella declaración en su casa, en la estufa, la ofendió. En realidad, la señora de Lauwerens habría debido llevar su comercio a otra parte. Renata habría encontrado un gran consuelo, a haber podido arrojar de sus habitaciones a toda aquella gente que tan alto gritaba. De pie, delante de la taza de la fuente, fijábase en el agua y se preguntaba en dónde Máximo y Luisa se habrían podido ocultar. La orquesta seguía tocando aquel vals cuyo amortiguado balanceo le trastornaba el corazón; era insoportable, no había medio de reflexionar en su propia casa. No sabía ya qué pensar. Olvidaba que los jóvenes no estaban aún casados, y encontraba muy natural y sencillo el que se hubiesen ido a acostar. En seguida pensó en el comedor y subió corriendo la escalera de la estufa. Pero en la puerta del gran salón, vióse detenida por segunda vez por una figura del cotillón.

—Estos son los "Puntos negros", señoras—de-

cía galantemente el señor de Saffré.—Es invención mía y dedico a ustedes las primicias.

Reíase mucho, y los caballeros explicaban la alusión a las jóvenes. El emperador acababa de pronunciar un discurso, en que aseguraba, en el horizonte político, la presencia de ciertos "puntos negros". Los tales puntos negros, sin que se supiera por qué, habían tenido suerte. El ingenio parisiano se había apoderado de aquella expresión, hasta el punto de que, de ocho días a aquella parte, aplicábase todo a los puntos negros. El señor de Saffré colocó a los caballeros a uno de los extremos del salón, haciendo que volviesen la espalda a las señoras, que se las había dejado al otro extremo. Luego les ordenó que se levantasen los faldones del frac, de manera que ocultasen la parte posterior de la cabeza, operación que se realizó en medio de loca alegría. Encorvados, con los hombros comprimidos y con los faldones de los fraques no pasándoles de la cintura, los caballeros aparecían verdaderamente horribles.

—No se rían ustedes, señoras mías—gritaba el señor de Saffré con la más cómica seriedad,—o les mando poner sus encajes sobre la cabeza.

El regocijo fué en aumento. Y se valió enérgicamente de su soberanía ante algunos de aquellos caballeros que se negaban a ocultar sus cogotes.

—Ustedes son los "puntos negros"—decía,—cúbranse las cabezas y no enseñen más que la espalda, es preciso que estas señoras no vean más que negro... Ahora anden ustedes, mézclense los unos con los otros, para que no puedan ser conocidos.

Reíanse todos hasta descoyuntarse. Los "puntos negros" iban y venían sobre sus delgadas piernas, con balanceos de cuervos sin cabeza. Vióse la camisa de un caballero con la punta del tirante. Aquellas damas no podían más, se aho-

gaban y pedían misericordia; y entonces el señor de Saffré tuvo a bien ordenarles que fuesen en busca de los "puntos negros". Partieron, como una bandada de perdigones, con gran ruido de faldas. Luego, al final de la carrera, cada una cogió al caballero que le deparó la suerte. Fué aquel un barullo inexplicable. Y, en hilera, las improvisadas parejas se desprendían y daban la vuelta al salón valsando al más ruidoso diapason de la orquesta.

Renata se mantenía apoyada en la pared, y dirigía la vista, pálido el rostro y con los labios apretados. Un anciano caballero se acercó para preguntarle cortésmente por qué no bailaba. Ella debió de sonreír y contestar algo; luego huyó de allí y entró en el comedor. En medio de los aparadores saqueados, de las botellas y platos tirados por el suelo, Máximo y Luisa cenaban con toda tranquilidad, al extremo de la mesa, el uno al lado del otro, sobre una servilleta que habían extendido. Parecía que se hallaban a sus anchas, riéndose en aquel desorden, entre aquellos vasos sucios, entre aquellos platos manchados de grasa, entre aquellos restos, tibios aun, de la glotonería de las cenas de guante blanco. Habíanse contentado con sacudir las migajas que había a su alrededor. Bautista se paseaba gravemente a lo largo de la mesa, sin tener una mirada para aquella habitación, que parecía haber sido atravesada por una manada de lobos; hallábase en espera de que los criados llegasen para poner un tanto de orden en los aparadores.

Todavía Máximo había podido reunir una cena muy confortante. Luisa se perecía por los almendrados de pistacho, de los que había quedado un plato lleno en lo alto de un aparador. Tenían delante tres botellas de champaña empezadas ya.

—Tal vez papá se ha ido—dijo la joven.

—Mejor que mejor—contestó Máximo,—yo la acompañaré a usted.

Y como ella se riase:

—Ya sabe usted que resueltamente se desea que me case con usted. Ya no es una broma, la cosa es seria... ¿Qué es lo que vamos a hacer así que estemos casados?

—Pues haremos lo que hacen los demás.

Aquella broma se le había escapado antes de la cuenta; así es que repuso vivamente, como para retirarla:

—Iremos a Italia, lo que será un bien para mi pecho. Estoy muy enferma... ¡Ah, pobre Máximo mío, qué mujer más chusca va usted a tener! No abulto más que dos sueldos de manteca.

Y se sonreía con un tinte de tristeza que contrastaba con su vestido de paje. Una tos seca hizo subir rojizas manchas a sus mejillas.

—Es el almendrado—dijo Luisa.—En casa me lo tienen prohibido... Acérqueme el plato; quiero meterme lo que queda en el bolsillo.

Y hallábase vaciando el plato, cuando Renata entró. Acercóse en derechura a Máximo, haciendo inauditos esfuerzos para no blasfemar y para no sacudir las liendres a aquella corcovada, a quien encontraba allí, a la mesa con su amante.

—Quiero hablarte—balbuceó con sordo acento.

Máximo titubeaba sobrecogido de pavor y temiendo una entrevista.

—A ti solo, sin perder un instante—repetía Renata.

—Vaya usted, Máximo—dijo Luisa con su mirada indefinible.—De paso procurará usted encontrar a mi padre. En todas las veladas se me pierde.

Se levantó Máximo y trató de detener a la joven en medio del comedor, para preguntarle qué

era lo que con tanta prisa quería decirle. Mas ella repuso entre dientes:

—Sígueme o lo canto todo delante de la gente.

Máximo se puso muy pálido y la siguió con obediencia de animal vapuleado. Creyó que Bautista la miraba, mas en aquella ocasión importábase un bledo las penetrantes miradas de aquel lacayo. En la puerta el cotillón la detuvo por tercera vez.

—Espera—masculló Renata.—Esos imbéciles no acabarán.

Y le cogió la mano para que no intentara escaparse.

El señor de Saffré colocaba al duque de Fozán con la espalda contra la pared, en un ángulo del salón, al lado de la puerta de comedor. Puso una dama delante de él, luego un caballero, espalda con espalda, después otra señora delante del caballero, y todo esto en una hilera, pareja por pareja, cual larga serpiente. Como las bailarinas charlaban y se retardaban:

—Vamos, señoras—gritó—a su sitio todas para las "Columnas".

Llegaron, y las "columnas" quedaron formadas. La indecencia que resultaba, el encontrarse por tal modo cogidas, apretadas entre dos hombres, apoyadas en la espalda de uno y teniendo delante de sí el pecho del otro, regocijaba mucho a las señoras. Los pezones de sus senos rozaban las solapas de los fraques y las piernas de los caballeros desaparecían entre las faldas de las bailarinas, y cuando una súbita alegría hacía inclinar una cabeza, los bigotes de enfrente veíanse precisados a apartarse para no llevar las cosas hasta el beso. Un bromista tuvo la ocurrencia de dar un ligero empujón; la fila se estrechó, y los fraques trabaron conocimiento aun más íntimo con las faldas; oyéronse ahogados gritos y risitas, risitas que no acababan ya. Oyóse a la baro-

nesa de Meinhold que decía: "Pero, caballero, usted me ahoga; no me estruje usted tanto", lo que pareció tan gracioso, produjo a toda la hilera risa tan loca, que las "columnas", conmovidas, vacilaban, se entrechocaban y se apoyaban unas con otras, para no medir el suelo. El señor de Saffré, con las manos en alto dispuesto a dar la señal, esperaba. Por fin, dió unas palmadas, y, a este aviso, todos se volvieron de repente. Las parejas que se hallaban fronteras unas de otras, se cogieron por la cintura, y la fila descargó en el salón su rosario de valsadores. Unicamente el pobre duque de Rozán, al volverse, se encontró con las narices pegadas a la pared. Todos se fararon de él.

—Ven—dijo Renata a Máximo.

La orquesta continuaba tocando el vals, aquella música afeminada, cuyo monótono ritmo languidecía a la larga, redoblaba la exasperación de la joven. Dirigióse al saloncillo, llevando a Máximo de la mano; y, empujándole en la escalera que conducía al gabinete tocador:

—Sube—le ordenó.

Ella le siguió. En aquel instante, madama Sidonia, que había rodado toda la noche en torno de su cuñada, admirada de sus incesantes paseos a través de las habitaciones, llegaba precisamente a la escalinata de la estufa. Vió las piernas de un hombre hundirse en medio de las tinieblas de la escalerilla. Una pálida sonrisa iluminó su rostro de cera, y, recogiendo su falda de hechicera para andar más de prisa, buscó a su hermano, descomponiendo una figura del cotillón, y dirigiéndose a los domésticos con quienes se tropezaba. Encontró por último a Saccard con el señor Mareuil, en la pieza inmediata al comedor y que, provisionalmente, se había transformado en fumadero. Ambos padres hablaban de dote, de contrato; mas tan luego como su hermana le dijo

una palabra al oído, Saccard se levantó, le rogó que le dispensara y desapareció.

Allá arriba, en el gabinete tocador, reinaba el mayor desorden. Acá y allá, sobre los asientos veíase el disfraz de la ninfa Eco con las mallas desgarradas, trozos de encajes arrugados, ropa blanca en montones, todo lo que la prisa de una mujer esperada deja en pos de sí. Los diminutos utensilios de marfil y de plata yacían por doquier; había cepillos, limas caídas sobre la alfombra; y las toallas húmedas aún, las pastillas de jabón olvidadas sobre el mármol, los frascos que quedaron destapados, difundían, en la tienda de color de carne, un fuerte y penetrante olor. La joven, para quitarse el blanco de brazos y hombros, se había empapado en la bañera de mármol color de rosa, después de los cuadros al vivo, y extensas placas irisadas se redondeaban sobre la superficie del agua ya fría.

Máximo, pisando un corsé, a punto estuvo de medir el suelo y trató de reír. Mas daba diente con diente ante el duro semblante de Renata. Acercóse a él, empujándole, y le dijo en voz baja:

—¿Con que te vas a casar con la jorobada?

—En modo alguno — murmuró Máximo. — ¿Quién te ha dicho eso?

—¡Eh! no mientas, es inútil...

El joven se sublevó. Teníale inquieto y quería acabar con ella.

—Pues bien, sí, me caso. ¿Y qué? ¿Acaso no soy dueño de obrar como me acomode?

Renata se le acercó con la cabeza algo inclinada, con risa maligna y cogiéndole por las muñecas:

—¡Dueño! ¡dueño tú!... Bien te consta que no. La dueña aquí soy yo. A ser una mujer mala, te rompería los brazos; tú no tienes más fuerza que una niña.

Y como Máximo forcejease, le retorció los bra-

zos con toda la nerviosa fuerza que le daba la cólera que la dominaba. Lanzó un débil grito y entonces le soltó, diciendo:

—No lleguemos a pegarnos; como ves, la ventana estaría de mi parte.

El joven se quedó pálido, con la vergüenza del dolor que sentía en sus muñecas. Mirábala ir y venir en el gabinete; veíala arrojar al suelo los muebles, reflexionando, decidiendo la ejecución del plan que le bailaba por la cabeza, desde el punto y hora en que su marido le había dado parte del casamiento.

—Voy a encerrarte aquí—le dijo por último, —y tan pronto como apunte el día, partiremos para el Havre.

Máximo palideció aún más, de inquietud y de estupor.

—¡Pero eso es una locura!—exclamó.—No podemos irnos juntos. ¡Pierdes la cabeza!...

—Es posible. En ese caso, tú y tu padre sois los que me la habéis hecho perder... Te necesito y me apodero de ti; ¡tanto peor para los imbéciles!

Resplandores rojizos brillaban en sus ojos. Y prosiguió, volviendo a acercarse a Máximo y abrasándole el rostro con su aliento:

—¿Qué sería de mí si llegases a casarte con la jorobada? Haríais burla y chacota de mí, me vería tal vez obligada a volver a tomar a ese gran belitre de Mussy, que ni capaz sería de calentarme los pies... Cuando se ha hecho lo que hemos hecho nosotros, hay que permanecer juntos. Por lo demás la cosa es evidente, me aburro cuando no te tengo a mi lado, y como me voy, te llevo conmigo... Puedes decir a Celeste lo que quieres que te traiga de tus habitaciones.

El desventurado tendía las manos en actitud suplicante:

—Vamos, Renata mía, no hagas semejante ne-

cedad; vuelve en ti... Piensa en el escándalo que se movería...

—¡Me río del escándalo! Si te niegas, bajo al salón y digo a grito herido que he dormido contigo y que eres bastante villano para querer casarte ahora con la jorobada.

El joven inclinó la cabeza, la escuchó, doblegándose ya, aceptando aquella voluntad que por tan ruda manera le infundía respeto.

—Iremos al Havre—continuó en voz más baja, acariciando su ensueño,—y de allí pasaremos a Inglaterra. Si no nos creemos bastante lejos partiremos para América. Nadie nos volverá a fastidiar. Yo, que siempre tengo frío, me encontraré allí a pedir de boca. Muchas veces he envidiado a las criollas...

Pero a medida que desarrollaba su proyecto, el terror volvía a apoderarse de Máximo. ¡Dejar a París, irse tan lejos con una mujer que, con seguridad, estaba loca, dejar tras de sí una historia cuyo vergonzoso carácter le desterraba para siempre! aquello era una pesadilla atroz que le ahogaba. Buscaba con desesperación el medio de salir de aquel gabinete de tocado, de aquel retiro color de rosa en donde resonaba el lúgubre tañido de Charenton. Creyó haber dado con él.

—Pero es el caso que no tengo dinero—dijo con dulzura, a fin de no exasperarla.—Si me encierras no me lo podré proporcionar.

—Lo tengo yo—contestó ella con expresión de triunfo. Cuento con cien mil francos; todo se arregla a las mil maravillas...

Sacó del armario de espejo la escritura de cesión que su marido le había dejado, con la vaga esperanza de que cambiaría de pensar. Púsola sobre la mesa de tocado y obligó a Máximo a que le llevase pluma y tintero que se encontraban en la alcoba, apartó los jabones, y firmando la escritura:

—Mira—le dijo—la tontería queda hecha. Si resulto robada, es porque así lo he querido... Pasaremos por casa de Larsonneau antes de ir a la estación... Ahora, Maximito mío, te voy a encerrar, y nos escaparemos por el jardín, tan luego como haya dejado a toda esa gente a la puerta. Ni siquiera necesitamos llevar maletas.

Y volvía a ponerse alegre. Aquella calaverada la llenaba de contento; era la mayor de las excentricidades; una determinación que, en aquella devoradora fiebre, le parecía del todo original. Aquello sobrepujaba en gran manera a su deseo de viajar en globo.

Fué a coger a Máximo en sus brazos, murmurando:

—Hace un instante te hice mal, pobre amor mío. Te negabas... Ya verás qué bonito resultará todo. ¿Acaso la corcovada te querría como te quiero yo?... Esa negrilla ni siquiera es una mujer...

Se reía, lo atraía hacia ella y le besaba en los labios, cuando cierto rumor les hizo volver la cabeza. Saccard se hallaba en pie en el umbral de la puerta.

Reinó un silencio terrible. Lentamente Renata desprendió sus brazos del cuello de Máximo; no bajaba la frente, sino que continuaba mirando a su marido con sus grandes y fijos ojos de muerta, mientras que el joven, anonadado, lleno de terror, se tambaleaba, con la cabeza baja, ahora que no se hallaba sostenido por los brazos de Renata. Saccard, aterrado ante aquel terrible golpe que hacía despertar en él al esposo y al padre, no se adelantaba; hallábase lívido y les abrasaba desde lejos con el fuego de sus miradas. En el húmedo y aromático ambiente de la habitación, las tres bujías flameaban enhiestas, con la inmovilidad de ardientes lágrimas. Y, rompiendo el silencio, el terrible silencio, un hálito de música

se abría paso por la angosta escalera, se deslizaba, se anudaba, se dormía sobre la nevada alfombra, en medio de la desgarrada malla y de las faldas arrastradas por el suelo.

El marido se adelantó después. Un anhelo de brutalidad le amorataba el rostro, y apretaba sus puños como para aplastar a los culpables. La cólera, en el interior de aquel hombrecillo turbulento, estallaba con estrépitos de armas de fuego. Lanzó un ahogado rugido de mofa, y acercándose aún más:

—Le anunciabas tu casamiento, ¿no es cierto?

Máximo retrocedió y se arrimó a la pared.

—Escucha—balbuceó—es ella la que...

Iba a acusarla villanamente, a arrojar sobre ella el crimen, a decir que quería robarle, a defenderse con la humildad y los temblores del muchacho sorprendido infraganti; mas le faltaron las fuerzas y las palabras se le secaron en la garganta. Renata conservaba su rigidez de estatua, su muda provocación. Entonces Saccard, sin duda para encontrar un arma, lanzó una rápida mirada a su alrededor. Y al extremo de la mesa tocador, en medio de los cepillos para uñas y de los peines, divisó la escritura de cesión, cuyo papel sellado amarilleaba el mármol. Miró el documento y después a los culpables. Luego, inclinándose, notó que la escritura estaba firmada. Sus ojos pasaban del tintero destapado a la pluma húmeda aun, dejada al pie del candelabro. Ante aquella firma quedóse parado y con ademán reflexivo.

El silencio parecía prolongarse, las llamas de las bujías se alargaban y el vals parecía mecerse a lo largo de las tapicerías con mayor molición aun. Saccard se encogió imperceptiblemente de hombros. Miró de nuevo a su mujer y a su hijo con semblante reconcentrado, como para arrancar a sus rostros una explicación que no podía encontrar. Acto seguido dobló la escritura y se la metió en el bolsillo

del frac. Sus mejillas habían palidecido por completo.

—Has hecho muy bien en firmar, querida amiga—dijo con dulzura a su mujer...—Son cien mil francos los que ganas. Esta tarde te haré entrega del dinero.

Casi se sonreía, y tan sólo en sus manos se percibía un ligero temblor. Dió algunos pasos agregando:

—Se ahoga uno aquí !Vaya una idea la de venir a tramar alguna de vuestras jugarretas a este baño de vapor!...

Y dirigiéndose a Máximo, que había levantado la cabeza sorprendido ante la sosegada voz de su padre:

—Vamos, vente—repuso.—Te había visto subir y te buscaba para que te despidieses del señor Mareuil y de su hija.

Ambos hombres bajaron hablando juntos. Renata se quedó sola, en pie en mitad del gabinete tocador, mirando la abierta puerta de la escalerilla, por la cual acababa de ver desaparecer los hombros del padre y del hijo. No le era dable apartar los ojos de aquel hueco. ¡Cómo podía aquello ser! Se habían marchado tranquilamente, como amigos. ¡Y aquellos dos hombres no se habían aplastado! Prestaba atento oído, y escuchaba si alguna lucha atroz no hacía rodar los cuerpos por la escalera. Nada. En aquellas tibias tinieblas tan sólo se oía rumor de baile, un prolongado vaivén. Creyó oír, en lontananza, las risas de la marquesa y la clara voz del señor de Saffré. ¿Acaso el drama había terminado?... Su crimen, los besos en el gran lecho gris y rosa, las feroces noches de la estufa, todo aquel amor maldito que la había abrasado durante meses, llegaba a aquel desenlace pedestre e innoble. Su marido lo sabía todo y ni siquiera le pegaba. Y el silencio que reinaba en torno suyo, aquel silencio en que se difundía el interminable vals, la es-

pantaba mucho más que el ruido de un asesinato. Tenía miedo de aquella paz, miedo de aquel gabinete suave y discreto, rebozante de amoroso perfume.

Distinguió su figura en el alto espejo del armario. Acercóse admirada al verse, olvidada de su marido, olvidada de Máximo, preocupada tan sólo por la extraña mujer que tenía delante de ella. La locura iba en aumento. Sus cabellos amarillos, recogidos sobre las sienes y la nuca, parecíanle una desnudez, una obscenidad. La arruga de la frente marcaba tan profunda huella, que dibujaba una sombra línea por encima de los ojos, cual la herida estrecha y azulada de un latigazo. ¿Quién la había marcado por tal manera? Su marido, no obstante, no le había levantado la mano. Y sus labios la admiraban por su palidez y sus ojos de miope parecíanle muertos. ¡Qué vieja se veía! Inclino la frente y al verse en sus mallas y en su ligera blusa de gasa, se contempló, bajó los ojos, con sonrojos repentinos. ¿Quién la había desnudado? ¿qué era lo que hacía en aquel desorden de muchacha que descubre hasta el vientre? Ya no lo sabía. Mirábase los muslos redondeados por la malla, las caderas, cuyas ondulantes líneas seguía con la vista bajo la gasa, su busto entero, por demás transparente; y se avergonzaba de sí misma, y un desprecio de su cuerpo la henchía de sorda cólera contra los que así la dejaban con simples anillos de oro en tobillos y muñecas para ocultarle la piel.

Indagando entonces, con la idea fija de una inteligencia que se anega, qué era lo que hacía allí, desnuda por completo ante el espejo aquel, se transportó de un salto bruscamente a su infancia, volvió a verse a los siete años, en la grave obscuridad del hotel Béraud. Hizo memoria de un día en que la tía Isabel las había vestido, a ella y a Cristina, en los días de Navidad, con trajes de lana gris con cuadros colorados. ¡Cuán contentas se mostraban con

aquellos vestidos semejantes! La tía las mimaba demasiado, y llevó las cosas hasta el extremo de regalarles sendos brazaletes y collares de coral. Las mangas eran largas y el corpiño les llegaba hasta la barba, las joyas se extendían sobre la tela, lo que les parecía de lo más bonito. Acordábase Renata también de que su padre se hallaba allí y que se sonreía con semblante de tristeza. En aquel día su hermana y ella, en la habitación de las niñas, se habían estado paseando como grandes personajes, sin jugar, para no ensuciarse los vestidos. Más tarde, en el colegio de la Visitación, sus compañeras la habían hecho burla por su "traje de Pierrot", que le llegaba hasta las yemas de los dedos y que le subía hasta por encima de las orejas. Durante la clase se había puesto a llorar. En la hora de asueto, para que no volvieran a mofarse de ella, se había remangado las mangas y se metió para adentro el cuello del corpiño. Y el collarito y la pulsera de coral le parecían más bonitos sobre el cutis de su cuello y brazo. ¿Si habría sido aquél el día en que empezó a ponerse desnuda?...

Veía desarrollarse su vida ante ella. Asistía a su largo azoramiento, a aquel alboroto del oro y de la carne que se había apoderado de ella, invadiéndola hasta las rodillas, hasta el vientre, luego hasta los labios, cuya oleada sentía ahora llegarle a la cabeza, golpeándole el cráneo con precipitados golpes. Era aquello como una ponzoñosa savia que le había debilitado los miembros, le había llevado al corazón excrecencias de vergonzosas ternuras y hecho brotar en el cerebro caprichos de enferma y de sér irracional. Aquella savia la planta de sus pies la había cogido en la alfombra de su carruaje, en otras alfombras también, en todas aquellas sedas y terciopelos sobre los cuales andaba desde su casamiento. Los pasos de otras gentes debían de haber dejado allí aquellos envenenados gérmenes, manifestados a la sazón en su sangre y que se le difundían

por las venas. Tenía muy presente su infancia. Cuando era pequeña dominábanla mil curiosidades. Y aun más tarde, tras de aquella violación que la había arrojado al mal, la abochornaba baldón tan grande. Es indudable que habría llegado a ser mejor, a haber permanecido haciendo media junto a la tía Isabel. Y oía el candencioso tic-tac de las agujas de la tía, mientras miraba fijamente en el espejo, para leer aquel porvenir de paz que de ella había huído. Mas tan sólo veía sus sonrosados muslos, sus sonrosadas caderas, aquella singular mujer de rosada seda que tenía delante de ella y cuyo cutis de raso fino, con apretadas mallas, parecía formado para preciosos arlequines y muñecas. A esto era a lo que había llegado Renata, a ser una gran muñeca, cuyo desgarrado seno tan sólo deja oír un hilito de voz. Entonces, ante las enormidades de su vida, la sangre de su padre, aquella sangre burguesa que la atormentaba en sus horas de crisis, gritó en su interior y se rebeló. La que había temblado siempre a la idea del infierno, debería haber vivido en el fondo de la lóbrega severidad del hotel Béraud. ¿Quién, pues, la había desnudado?

Y en la azulada obscuridad del espejo creyó ver alzarse las figuras de Saccard y de Máximo. Saccard, negruzco, zumbón, con su color ferroso, con su sardónica sonrisa y con sus delgadas piernas, era una voluntad, un carácter. De diez años a aquella parte veíale en la fragua, entre las chispas del metal enrojecido, con la carne abrasada, jadeante, golpeando siempre, manejando martillos veinte veces más pesados que lo que permitían sus brazos, con riesgo de aplastarse a sí mismo. Ahora le comprendía, apareciéndosele engrandecido por aquel esfuerzo sobrehumano, por aquella bellaquería enorme, por aquella idea fija de llegar a una inmensa e inmediata fortuna. Recordábale saltando obstáculos, revolcándose en pleno lodo, y sin parar mientes en detenerse para limpiarse, a fin de llegar



antes de la hora, sin detenerse siquiera para gozar en el camino, masticando sus monedas de oro sin dejar de correr. Luego la linda y rubia cabeza de Máximo se le representaba tras los rudos hombros de su padre; tenía su clara sonrisa de mujer, sus insubstanciales ojos de mujerzuela que no se bajaban nunca, y su raya en mitad de la frente, enseñando la blancura de su cráneo. Burlábase de Saccard y calificábale de burgués al tomarse tanto trabajo para ganar un dinero que el joven se comía con tan encantadora pereza. Vivía mantenido: sus manos largas y delicadas hablaban de sus vicios. Su epilado cuerpo tomaba cansadas actitudes de mujer hastiada. En todo su sér, ruín y flojo, en que se deslizaba el libertinaje con la suavidad de agua tibia, no brillaba siquiera el relámpago de la curiosidad del mal. Se sometía. Y Renata, al ver las dos apariciones salir de las tenues sombras del espejo, retrocedió un paso, vió que Saccard la había lanzado como un envite, como una puesta de fondos, y que Máximo se había encontrado allí para recoger aquel luis caído del bolsillo del especulador. La joven quedaba como un valor en la cartera de su marido; impelíala a los tocados de una noche, a los amantes de una estación; retorcíala en las llamas de su fragua, sirviéndose de ella como de un metal precioso, para dorar el hierro de sus manos. Paso a paso el padre la había vuelto sobrado loca, sobrado indigna, para los besos del hijo. Si Máximo era la empobrecida sangre de Saccard, ella, por su parte, tenía por el producto, por el agusanado fruto de aquellos dos hombres, por la infamia que entre ambos habían cavado y en que rodaban uno y otro.

Ahora comprendía; ellos eran los que la habían desnudado. Saccard había desabrochado el corpiño y Máximo había dejado caer la falda. Después, ambos a dos, acababan de arrancarle la camisa. Ahora se encontraba sin un jirón, y con las ajoreas

de oro, como una esclava. Hacía un instante que la miraban y no eran buenos para decirle: "Estás desnuda". El hijo temblaba como un cobarde, se estremecía a la sola idea de ir hasta el término de su crimen, negándose a seguirla en su pasión. El padre, en vez de matarla, la había robado; aquel hombre castigaba a la gente vaciándole los bolsillos; una firma caía como un rayo de sol en medio de la brutalidad de su ira, y, como venganza, se llevaba la firma. Luego había visto que los hombres de ambos se hundían en las tinieblas. Nada de sangre en la alfombra, ni un grito, ni una queja. Eran unos viles: la habían desnudado.

Hizo memoria de que una vez tan sola había leído en el porvenir, el día en que, ante las susurrantes sombras del parque de Monceaux, la idea de que su marido la mancharía y la lanzaría un día a la locura, había venido a amedrentar sus deseos siempre crecientes. ¡Ah! ¡cuánto sufría su pobre cabeza! ¡en qué grado sentía, en tal hora, la falsedad de aquella imaginación, que la llevaba a creer que vivía en una esfera bienaventurada de goces y de impunidad divinas! Había vivido en el país del oprobio, y veíase castigada por el abandono de todo su cuerpo, por la muerte de su sér que agonizaba. Lloraba por no haber escuchado los elocuentes acentos de aquellos árboles.

Su desnudez le excitaba la cólera. Volvió la cabeza y miró a su alrededor. El gabinete de tocado conservaba la pesadez del almizclado olor, su tibio silencio, a donde los compases del vals continuaban llegando, como los últimos y moribundos círculos en una superficie líquida. Aquella debilitada risa de lejana voluptuosidad, pasaba sobre ella como intolerables burlas. Tapóse los oídos para no oír más. Entonces se fijó en el lujo del gabinete. Alzó los ojos a la rosada tienda, hasta a la corona de plata que dejaba distinguir un mofletudo amorcillo que aparejaba su flecha; detúvose en los muebles,

en el mármol de la mesa-tocador, atestada de frascos y de útiles que ya no conocía; dirigióse a la bañera, llena aún y cuya agua se hallaba en reposo; rechazó con el pie las telas arrojadas sobre el blanco raso de los sillones, el traje de la ninfa Eco, las faldas, las toallas olvidadas. De todo aquello se alzaban voces de vergüenza; el vestido de la ninfa Eco hablábale del juego aquel que había aceptado por la originalidad de ofrecerse a Máximo en público; la bañera exhalaba el olor de su cuerpo; el agua en que se había sumergido difundía por la habitación su fiebre de mujer enferma, la mesa, con sus jabones y sus aceites, los muebles con sus redondeces de lecho, hablábanle brutalmente de su carne, de sus amores, de todas aquellas inmundicias que quería olvidar. Volvió al centro del gabinete, con el rostro amoratado, sin saber a dónde huir para alejarse de aquel perfume de alcoba, de aquel lujo que se descotaba con impudencia de prostituta, ostentando los rosados miembros. La estancia se ofrecía desnuda como ella; la rosada bañera, el rosado cuero de los tapices, los rosados mármoles de las dos mesas, se animaban, se estiraban, se apelotonaban, rodeándola con orgía tal de voluptuosidades vivientes que cerró los ojos, bajó la frente, abismándose bajo los encajes del lecho y de las paredes que la aplastaban.

Pero, en la obscuridad, volvió a ver la mancha de carne del gabinete-tocador, y percibió además la suavidad gris de la alcoba, el oro mate del saloncito, el verde crudo de la estufa, todas aquellas cómplices riquezas. Allí era en donde sus pies habían cogido la ponzoñosa savia. No habría dormido con Máximo sobre un jergón, ni en el fondo de una buhardilla; habría sido demasiado innoble. La seda había dado coquetería a su crimen. Y soñaba en arrancar todas aquellas blondas, en escupir sobre aquella seda, en destrozarse su gran lecho a punta-

piés, en arrastrar su lujo en cualquier arroyo, del que saliese tan ajado y tan sucio como ella.

Cuando abrió de nuevo los ojos se acercó al espejo, volvióse a mirar y se examinó de cerca. Estaba acabada; se vió muerta. Todo su rostro le anunciaba que el desquiciamiento cerebral tocaba a su fin. Máximo, aquella última perversión de sus sentidos, había terminado su obra, agotado su cuerpo, desconcertado su inteligencia. Ya no tenía alegrías que sentir, ni esperanzas de despertar. Ante aquella idea una salvaje cólera encendióse en su interior. Y en última crisis de deseo soñó con apoderarse otra vez de su presa, expirar en brazos de Máximo y llevárselo consigo. Luisa no podía casarse con él, Luisa sabía que no era para ella, ya que los había visto besarse en los labios. Entonces se echó en los hombros un abrigo de pieles, para no atravesar el baile completamente desnuda. Y bajó.

En el saloncito se encontró cara a cara con la señora Sidonia, la cual, para disfrutar del drama, había vuelto a situarse en la escalinata de la estufa. Mas no supo a qué carta quedarse cuando Saccard apareció con Máximo y cuando contestó brutalmente a las preguntas que le hizo en voz baja, que había estado soñando y que nada había absolutamente. Después madama Sidonia olfateó la verdad; púsose amarilla como la cera y encontró la cosa demasiado fuerte. Y, con toda suavidad, se fué a pegar el oído a la puerta de la escalera, en la espera de que oiría llorar a Renata allá arriba. Cuando la joven abrió la puerta, una de las hojas casi abofeteó a su cuñada.

—Usted me está espiondo—le dijo montando en cólera.

Pero la señora Sidonia le contestó con soberano desdén:

—¿Acaso me ocupo yo de tus porquerías?

Y recogiendo su falda de hechicera, y retirándose con majestuosa mirada: